



¿Hasta que la muerte nos separe?

*Ponme como sello en tu corazón,
Como un sello en tu brazo...
Cantar de los Cantares 8,6*

Por P. ALBERTO REYES PÍAS

Y dijo Dios: «No es bueno que el hombre esté solo. Voy a hacerle una ayuda adecuada».

Y Dios formó del suelo todos los animales del campo y todas las aves del cielo y los llevó ante el hombre para ver cómo los llamaba, y para que cada ser viviente tuviese el nombre que el hombre le diera.

El hombre puso nombres a todos los ganados, a las aves del cielo y a todos los animales del

campo, más para el hombre no encontró una ayuda adecuada.

Entonces Dios hizo caer un profundo sueño sobre el hombre, el cual se durmió. Y le quitó una de las costillas, rellenando el vacío con carne.

De la costilla que Dios había tomado del hombre formó una mujer y la llevó ante el hombre. Entonces éste exclamó: «Esta vez sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne. Esta será llamada mujer, porque del varón ha sido tomada». Por eso deja el

hombre a su padre y a su madre y se une a su mujer, y se hacen una sola carne. (*Génesis 2, 18-24*)

Visto así, parece no sólo deseable sino fácil. De hecho, la historia de toda pareja suele comenzar con el mismo grito ilusionado: “Esta sí”, “este sí”, “he encontrado”. Sí, con total seguridad, para siempre, hasta que la muerte nos separe.

Luego parece que las cosas no son tan sencillas y que hay cuestiones con las que uno no había contado.

Recopilaciones varias

-Antes: ¡Me dejas sin aliento!
-Después: ¡Me estás ahogando!

*Antes: Fiebre del sábado por la noche.

*Después: Serie nacional de pelota.

-Antes: Anoche estuvimos en el sofá.

-Después: anoche dormí en el sofá.

*Antes: "El sonido de la música"

*Después: "Los sonidos del silencio"

-Antes: Estar a tu lado...

-Después: ¡Hazte a un lado!

*Antes: Me pregunto qué haría sin él.

*Después: Me pregunto qué hago con él.

-Antes: Me gustan las mujeres llenitas.

-Después: ¡Nunca me gustaron las gordas!

*Antes: Romántica

*Después: Psiquiátrica

-Antes: Parece que estamos juntos desde siempre.

-Después: ¡Siempre estamos juntos!

*Antes: Erótica.

*Después: Neurótica

-Antes: Ella adora como yo controlo las situaciones.

-Después: Ella dice que yo soy un controlador ego-maníaco

*Antes: ¡¡No pares!!

*Después: ¡¡No empieces!!

-Antes: Me caíste del cielo.

-Después: ¿Dónde estaba mi ángel de la guarda cuando te tropecé?

Toda pareja que haya ido dando prueba del tiempo tiene experiencia de cómo fueron cayéndose los ideales románticos que parecían inamovibles cuando se inició la relación, criterios como que:

- El verdadero amor implica una entrega incondicional, un dar sin esperar nada a cambio, porque lo importante es estar siempre dis-

puesto a complacer al otro, a ser amable, cariñoso y atento.

- Amar es no tener que decir nunca "lo siento", porque amar es no hacer nunca nada que pueda molestar al otro y porque, si el otro hace algo que nos disgusta, la aceptación incondicional del otro implica olvido y perdón. Cuando se ama nunca se tienen en cuenta los errores y los fallos del otro.

- El amor, en realidad, lo puede todo, lo cura todo, no lo deteriora ninguna dificultad externa a la pareja (distancias, dificultades económicas, enfermedades...) ni ninguna dificultad interna (diferencias de valores, e hábitos...)

En fin bla, bla, bla...

Incendio total

Hay más, suele ocurrir, en mayor o menor medida, que cuando una pareja decide unirse tome la decisión de comprometerse y construir un proyecto común apoyándose en unas vivencias emocionales que son poco fiables, inestables y engañosas.

Para empezar, el conocimiento de la otra persona puede estar distorsionado por el efecto túnel generado por el estado de enamoramiento, lo cual significa que, cuando nos sentimos enamorados, nos fijamos más en las afinidades y puntos en común, dejando en segundo plano las diferencias y aspectos menos deseables que, en ocasiones, son valorados como tonterías, cosas irrelevantes o que, simplemente, pasarán con el tiempo, cuando son vistos, incluso, como aspectos atractivos, divertidos o sorprendentes. En otras palabras, nos fijamos en lo que enamora, no en lo que desenamora.

Por otra parte, es natural que cada miembro de la pareja seleccione de su repertorio las formas de comportamiento que intuye o percibe que serán más agradables para el otro con el objetivo de producir y mantener sentimien-

tos positivos en su pareja. Además, cuando se inicia una relación, la pareja generalmente se reúne para compartir actividades gratificantes y el conflicto se minimiza.

Todo esto hace que, en la medida en que una pareja se va asentando, se produzca un choque entre las expectativas creadas y la vida cotidiana. Aparece "el yo en su realidad" y con él los momentos de confusión, irritación y desagrado. Se evidencian las diferencias, se toma conciencia de las "manías personales", hay enfados y períodos de tensión y malestar.

Teniendo en cuenta esta realidad, ¿tiene sentido que la Iglesia Católica continúe planteando como válido un ideal de relación matrimonial para toda la vida y que excluye el divorcio?, ¿qué sucede cuando, por un lado, está el sacramento indisoluble del matrimonio y, por el otro, la certeza inamovible de que "no te soporto"?

Por otra parte, tanto lo que nos rodea como nosotros mismos cambiamos: cambia la sociedad, moviéndose hacia lo que consideramos como valores o anti valores; se suceden las etapas familiares con retos muy diversos, pues no es lo mismo ser una pareja joven sin hijos, que una pareja con hijos pequeños o con hijos adolescentes; cambian el físico, la salud, los intereses, el modo de ver la vida... ¿cómo puede plantearse entonces una decisión perenne entre dos personas inmersas en cambios?

Ideal contra magia

El sentido cristiano del sacramento del matrimonio concibe a la pareja como realizador en sí misma de la unión que existe entre Cristo y su Iglesia. Para ello, la primera condición es la libertad, una elección querida y buscada





por ambas partes.

A esta primera condición siguen las de exclusividad y perpetuidad, es decir, el “uno con una” y “para siempre”. Y como consecuencia lógica de esta decisión, la apertura a la vida, la intención de tener descendencia.

Como todo ideal, el matrimonio cristiano es la realización de un proyecto y no algo matemático que ocurre de modo natural y espontáneo por el simple hecho de vivir juntos. La relación matrimonial es el producto de un proceso que se inicia por un encuentro y una aproximación y a la que sigue una fase de conocimiento que de algún modo hace surgir lo que podríamos definir como “lo nuestro”, es decir, el deseo de vivir todo compartido, de crear una historia común y realizar con alguien muy específico la aventura de la vida. Llegado a este punto, ese sentimiento se centra en “tú”, se focaliza en una persona concreta.

Debe producirse entonces lo que definimos como “noviazgo”, que no es otra cosa que ver qué posibilidades reales hay de unir dos biografías en una sola. Cada persona arrastra consigo no sólo sus fortalezas y debilidades personales, sino la influencia de las fortalezas y debilidades del ambiente familiar en el que ha crecido. En este sentido las carencias no tienen por qué ser un obstáculo insalvable, pero sí algo que debe ser conocido y compartido, de modo tal que la pareja pueda aprender a manejarlo. Los estados carenciales que arrastramos (problemas de comunicación, deficiencias en la resolución de problemas, estrategias de afrontamiento no funcionales, etc.) suelen ser las fuentes originarias de conflictos, por eso, no conocerlas es no saber dónde está el enemigo.

La persona perfecta es aquella que “con sus virtudes y con sus

defectos, me va”, lo cual, es indispensable no sólo conocer a la otra persona y darse a conocer, sino conocerse a sí mismo, saber qué se quiere, qué se busca y, sobre todo, dónde están los propios límites, qué cosas se siente uno capaz de asumir y qué cosas no.

El secreto para que una relación funcione no está en cuán semejantes o diferentes puedan ser los que la integran. El secreto está en que, contando con lo que cada uno trae, cuán dispuestos están para hacer un camino junto. En una relación, no es importante solamente el sentimiento de los amantes sino su voluntad, su decisión de llevar adelante un proyecto común desde las fuerzas y debilidades que cada uno porta consigo.

El amor no surge cuando uno dice: “No puedo vivir sin ti”, sino cuando uno dice: “No quiero vivir sin ti”, cuando se toma la decisión de poner al otro como “sello en el corazón”. El amor se hace proyecto cuando surge la elección, que se beneficia de unas virtudes y sabe que tiene que asumir unos defectos. Y no sólo la elección de una persona, sino la elección de un modo de vivir con esa persona, de unos valores que se quieren compartir, de un estilo de vida común.

Esto, evidentemente, implica un esfuerzo por saber quién es la otra persona, supone un diálogo profundo, un conocimiento de lo que la otra persona considera valioso e importante, e implica haber hecho cosas juntos, haberse dado a oportunidad de “medirse” en situaciones donde la vida hace que brote lo mejor y lo peor de cada uno.

Hay parejas cuyo noviazgo ha sido tan superficial que su relación posterior hace recordar esos exámenes donde la pregunta emerge en aquel que lo califica: “¿Qué ha estado haciendo éste durante todo el curso?”. A veces la pareja se queja de que “él/ella ha cambiado mucho”, de que “antes no era

así”, cuando en realidad ya antes sí era así, sólo que la atención estaba centrada en otras cosas más gratificantes.

Evidencias y apuestas

El inicio del amor es el descubrimiento del otro como hueso de mis huesos y carne de mi carne. Y es verdad que es el momento de la exaltación y del embobamiento, es la época de los fuegos artificiales, que luego pasa, porque es necesario que pase.

Viene entonces el descubrimiento de la relación como humana: tus defectos y los míos, tus necesidades y las mías. Y es este un momento clave, porque es el momento de las crisis, y de cómo se asuman estas crisis dependerá, en gran medida, el futuro de la relación conyugal.

Lo primero que se pone en tela de juicio cuando las antorchas se apagan es hasta qué punto se fue responsable en la construcción de la relación. Una cosa es que el inicio de una relación venga envuelta en una aureola dorada de novedad y encantamiento, pero otra muy distinta es que esto ciegue nuestra razón. Poner la explosividad de los primeros tiempos como apoyo a que “el amor es ciego y el matrimonio te devuelve la vista” sería un acto de simpleza. Afirmar que el ser humano tiene una visión tan limitada que es incapaz de hacer cálculos acertados antes de realizar apuestas definitivas sería tratarlo de inútil.

Por otra parte, la exclusividad es un imperativo de la donación. Nadie que ame en serio tolera un tercero en su relación. La persona no puede partirse, o se da entera al amado o no se da, o se enamora de alguien concreto y singular o no se enamora. En consecuencia, la perpetuidad no es otra cosa que la exclusividad a lo largo del tiempo.

Además, la exclusividad y la perpetuidad son el contexto más

adecuado para los hijos, que son la consecuencia lógica de la unión conyugal.

El amor es más que enamoramiento. De hecho, hay personas que nunca perseveran en sus relaciones afectivas porque no buscan tanto el amor como el sentirse enamorados, como si el componente del amor fuera solamente el sentimiento. Si no se es capaz de ir más allá de los fuegos artificiales no puede descubrirse el amor profundo, que se realiza a través de las pequeñas cosas, desde la convivencia cotidiana. El peligro mayor es girar hacia la soledad cómoda del egoísmo donde el otro sólo entra como pieza a nuestro servicio.

Cuando faltan los anclajes

Es interesante el hecho de que si a una pareja en dificultad se le pregunta: “¿Cuándo empezaron los problemas?”, suelen dar respuestas muy concretas. Sin embargo, existe otra pregunta que habría que ubicar antes, y que es: “¿Cuándo dejaste de creer en aquello que soñaste?”, “¿Cuándo perdiste la fe en el ideal que te animó a recorrer un camino?”

Cuando se ama, es decir, cuando existe no sólo el sentimiento sino la voluntad de llevar adelante una relación, aunque haya dificultades no se cuestiona el ideal del matrimonio. Se lucha, se sufre, se busca una solución, animados y sostenidos precisamente por la fe en que el “uno con una” y “para siempre” es posible.

Sin embargo, cuando la vida personal se ha ido resquebrajando y con ello la relación de pareja, entonces es más común que se empiece a desconfiar de este ideal. Esto se complica por el hecho de que los seres humanos necesitamos sentirnos inteligentes, decentes y buenos, y esto nos lleva no tanto a razonar la realidad como a racionalizarla, es decir, no nos preocupa tanto estar en lo cierto

como creer que estamos en lo cierto. Es lo que pasa, por ejemplo, con la persona que fuma y que sabe que fumar produce cáncer, pero que si busca personas inteligentes o exitosas que fuman, puede llegar a convencerse de que fumar no es tan nocivo. Esto permite que nos creemos una coraza para protegernos del sentimiento de fracaso o del terrible malestar que genera la sensación de que no hemos sabido hacer bien las cosas.

Lo que previamente habíamos considerado como estilo de vida ideal podemos según determinadas circunstancias, evaluarlo *a posteriori* como algo absurdo, inalcanzable o imposible. Si no hemos logrado lo que un día nos propusimos, podemos convertirnos incluso en defensores de la opción contraria. Y la razón no es otra que salvaguardar nuestro bienestar psicológico.

Supongamos que nos encontramos con alguien que no cree en la paz mundial, o en el mejoramiento humano, o en la posibilidad de eliminar el hambre en el mundo, e incluso en alguien que nos dice que no cree que se encuentre una solución definitiva contra el SIDA. En cualquiera de los casos anteriores, el “agnóstico” tendría muchísimas razones para sostener su incredulidad: las guerras se suceden continuamente, todos los días hay noticias espeluznantes sobre el daño de seres humanos a sus semejantes, se habla mucho de eliminar el hambre, pero sigue muriendo gente por falta de los más básico, nuestra tecnología actual no ha descubierto cómo destruir los virus, ningún virus (podemos detenerlos, controlarlos, pero no sabemos cómo destruirlos).

Si razonamos bien las cosas, tal vez tendríamos como interlocutor a alguien con muchas razones de peso para sostener su incredulidad ante otros muchos que tendrían, más que nada, fe, confianza, esperanza, certeza profunda en que

todos estos problemas serán un día solucionados. Si ahora yo preguntara en qué bando se colocaría el lector, pienso que la mayoría intentaría convencer al incrédulo, a pesar de la falta de soluciones evidentes a los problemas planteados.

Porque claro, ¿a dónde va la humanidad si pierde la fe en el mejoramiento humano, en el triunfo del bien, en el desarrollo de una técnica que permita una vida mejor? Aunque de momento no veamos soluciones convincentes, ¿qué sería de la raza humana si dejara de creer en los ideales, aunque parezcan inalcanzables? Cuando se cree, se lucha.

La falta de fe en el ideal del matrimonio tiene en su base una fractura interior, una crisis del espíritu.

El proyecto original

El Génesis describe el ideal matrimonial con la frase hermosa de “una sola carne”¹, que alude además a la complementariedad entre hombre y mujer que da contenido pleno al concepto de persona humana, imagen y semejanza de Dios. Este ideal es, en clave cristiana y como ya hemos dicho, la realización en lo humano de la unión de Cristo con su Iglesia. Por eso es, de entrada, indisoluble. Afirmar que el hombre y la mujer realizan en sí la unión de Cristo con su Iglesia añadiendo a continuación: “pero si las cosas van mal aquí no ha pasado nada”, haría del matrimonio cristiano un modo ritual de hacer teatro.

Otra cosa muy diferente es lo que llamamos la “nulidad matrimonial”, que significa que la Iglesia es capaz de determinar que, aunque se celebró el rito del matrimonio, nunca hubo sacramento, es decir, nunca se dieron las condiciones de esa unión indisoluble.



Ya hemos dicho que el matrimonio cristiano tiene ciertos requisitos para ser válido. Mencionamos específicamente la libertad, la intención de fidelidad y de indisolubilidad y la apertura a la procreación. Estas son las condiciones esenciales, que se complementan con otras como, por ejemplo, la honestidad. Toda persona que se casa tiene que saber con quién se está uniéndose. Así, por ejemplo, si una persona ha tenido problemas de alcoholismo, drogas, escándalos sexuales, i sabe que es estéril, etc., tiene que haberlo comunicado a su pareja, porque son informaciones relevantes que el otro tiene que saber y aceptar. Si esta información se oculta, o si se violan las condiciones esenciales mencionadas, el matrimonio no es válido, o sea, se puede haber celebrado la boda, el rito, pero no se ha producido el sacramento, no se ha dado la realidad vinculante y perenne entre los esposos. Ante estos casos, la Iglesia puede determinar que el matrimonio ha sido nulo y que la persona está, en consecuencia, libre para acometer un nuevo matrimonio.

Pero cuando se han dado todas las condiciones, cuando la pareja ha llegado al matrimonio con plena conciencia de lo que realizaban, admitir la disolución del vínculo sería, no sólo hacer de la boda un acto teatral insulso, sino una falta de respeto a dos personas que quieren adquirir la condición de ser una sola carne hasta que la muerte los separe.

Más allá de esto, el hecho de que existan fracasos matrimoniales no invalida la verdad del ideal matrimonial, como los accidentes de tránsito no invalidan la verdad del Código de Conducción Vial, ni los atentados a la integridad humana perpetrados por algunas personas invalidan el ideal social y

humano de respeto, paz o bondad.

Negar la capacidad humana de hacer opciones definitivas que lo impliquen para el resto de sus días es negar valores tan básicos como la libertad, la responsabilidad, la capacidad de fidelidad a un proyecto y de luchar por alcanzar los propios sueños.

Hay quien ve el matrimonio como una formalidad legal y lo relativiza. Sin embargo, el matrimonio no es sino el paso posterior al descubrimiento de la vocación al amor conyugal, que lleva a dos personas a reorganizar su vida y fundar una vida común. Es tomar la decisión consciente y libre de quererse. Prometer, comprometerse, significa incluir el futuro en el amor presente. El “sí” matrimonial es expresión de libertad radical. Se compromete el que se siente libre y dueño de sí para decidir el futuro. El que no se compromete queda atado a lo pasajero y trivial.

En el antes y en el después

Dicen que “guerra avisada no mata soldados”, y esto vale también para ese tiempo mágico que es el noviazgo. El matrimonio es una aventura que tiene que prepararse, y es importante en el antes “pasar el corazón por la cabeza”. El sentimiento de afecto profundo por otra persona es envolvente y gratificante, pero una pareja que ve el matrimonio como una opción tiene que preguntarse si su relación ofrece indicios de poder funcionar. Si no es así, una ruptura a tiempo no dejará de ser dolorosa, pero evitará males mayores y permitirá la libertad de una nueva búsqueda.

Y cuando la pareja decida unir sus vidas para siempre, no deberá olvidar que la vida buscará envolverlos, con sus preocupaciones y necesidades, que la vida no suele desarrollarse como uno la ha soñado, y que tanto ellos como el entorno, irán cambiando, a veces

mucho. Por eso, para comprender y comprenderse en lo nuevo que irá llegando, es necesario mantenerse cerca para ir re-conociéndose, re-encontrándose y, sobre todo, re-conquistándose. Si no, el amor se anquilosará, aferrándose a una imagen cada vez más irreal, o se hará funcional y dejará de estar vivo y, al final, aquellos que prometieron amarse durante toda la vida terminarán sintiéndose extraños el uno al otro.

Una pareja que quiera permanecer unida tendrá que darse tiempo, tiempo para re-enamorarse, para volver a optar, una y otra vez, por aquello que dio sentido al “sí quiero”.

El matrimonio siempre será, en muchos aspectos, más de lo que se había soñado, pero, por otra parte, en toda relación, inevitablemente, habrá heridas y desgarrones que exigirán también tiempo para estar a solas con uno mismo y con Dios, para reponer las fuerzas que el amor necesite para curar las heridas y reafirmarse en aquello en que un día creyó.

Y para abrazar el ideal del matrimonio hay que creer: que podemos amarnos, respetarnos, sernos fieles, hacernos felices, ser bendición el uno para el otro.

Así, aunque muchas cosas cambien y el contexto presente sea muy distinto al de aquel lejano “sí quiero”, no cambiará la fidelidad a los sueños y la confianza de un ideal, más o menos difícil, pero siempre posible.

Nota:

1- Cfr. Ge 2, 24